



COMENTARIO A “LEY NATURAL, CRISTIANISMO Y RAZÓN PÚBLICA” DE GABRIEL ZANOTTI

Por Jorge E. Velarde Rosso

Para Instituto Acton Argentina

1 de septiembre de 2012

Acaba de publicarse como parte de la Biblioteca del Instituto Acton Argentina un opúsculo de Gabriel Zanotti titulado Ley Natural, Cristianismo y Razón pública y que tiene un largo pero sugestivo subtítulo: ‘Una reflexión sobre el Catolicismo y sus problemas comunicativos con la cultura actual’. ¿Por qué sugestivo? Pues porque a simple vista podría pensarse que se trata de problemas comunicativos al estilo de una ‘comunicación institucional’ defectuosa; pero en realidad lo que plantea el autor es un problema de comunicación más profundo, lo que Gabriel Zanotti llama ‘inconmensurabilidad de paradigmas’. En otras palabras, los problemas de comunicación de la Iglesia con la cultura contemporánea son más profundos. Y es que para muchos católicos, la relación con el mundo moderno sigue siendo conflictiva en mayor o menor medida. La expresión *etsi modernitas non daretur* que usa Gabriel en su texto me hizo recordar un párrafo largo del cardenal Ratzinger que marcó profundamente mi itinerario personal.

Después de desarrollar la idea del resurgimiento del mito como una consecuencia de un abandono del cristianismo, Ratzinger se pregunta ¿cuál es concretamente la alternativa cristiana? (textual) Un poco más adelante responde de este modo:

Pero las alternativas prácticas resultarían un mero y vacío pragmatismo si no se basaran en una visión del hombre y de su historia, que es algo más que una mera especulación teológica o una invocación a la buena voluntad de los individuos. Las alternativas prácticas han sido formuladas hasta ahora de un modo insuficiente y, por lo general, no han encontrado resonancia política, entre otras razones porque los cristianos no tienen ninguna confianza en su propia visión de la realidad. En su religiosidad privada se mantienen firmes en la fe, pero no tienen el valor de reconocer que esta fe tiene algo que decir al hombre en una perspectiva total, que es también una visión de su futuro y de su historia. Desde el pecado original hasta la redención, todo el edificio de la verdad transmitida le resulta demasiado irracional e irreal para atreverse a sacarlo a la luz del día en público debate.

Esta división interna obliga a muchos a sacrificar su pertenencia cultural a alguno de ambos mundos. Es decir, o bien se sigue creyendo vagamente en lo que la Iglesia enseña y se mantienen algunas prácticas católicas como si se tratara de una especie de reliquia familiar que vale la pena conservar (pero sin prestarle mucha atención) o se buscan alternativas que reafirmen una pertenencia primaria y casi irreflexiva a esas tradiciones. Si los primeros están dispuestos a sacrificar el dogma, los segundos no quieren abandonar prácticas que rayan en lo ultramontano. Ciertamente que los primeros son los más numerosos, pero en el fondo ambas reacciones comparten una base común; a saber una pobre asimilación del Concilio Vaticano II.

No en vano el papa Benedicto XVI ha convocado al año de la fe para conmemorar el 50 aniversario de la apertura del Concilio y los 20 años de la presentación del Catecismo de la Iglesia Católica (fruto maduro del Vaticano II). No en vano Benedicto XVI ha insistido en que este año de la fe dentro de la Iglesia sea un año de relectura y profundización de esos textos. Y es que los documentos oficiales han sido insuficientemente leídos, pues para algunos no habían cambiado nada, mientras que para otros se había llegado demasiado lejos. ¡Y así ambos grupos habían abandonado los textos magisteriales de un Concilio Ecuménico!



A pesar de que es un hecho conocido, no deja de ser curioso que los polos opuestos tengan tanto en común. Al fin y al cabo, si lo pensamos en perspectivas de largo plazo; para una institución con dos mil años de historia ininterrumpida, cincuenta años son tan solo el día después del concilio. ¿No será por eso que Dios ha querido que uno de los peritos del Concilio sea su actual Vicario?

Queda mucho por hacer todavía, mucho por leer y mucho por digerir. En este sentido, el opúsculo de Gabriel no puede ser sino una buena noticia y una excelente oportunidad para este año de la fe. Los católicos tenemos –como él dice– “doble carta de ciudadanía pero es la primera –el Reino de Dios– la única que permite transitar la segunda sin perder la primera”. O para decirlo con palabras de Ratzinger; debemos perder el miedo a proponer alternativas prácticas para el mundo moderno desde nuestra fe y desde nuestra cultura cristiana confiando en nuestra visión del mundo y de la historia. De nada sirven los sueños románticos de algún pasado presuntamente mejor, como de nada le sirve al mundo perder el aporte de católicos del siglo XXI convencidos.

Que el laicismo intolerante seguirá atacando no es algo que deba sorprendernos; lo que debería sorprendernos es que todavía existan católicos que sientan que debemos abandonar nuestra fe y convicciones al ámbito privado (si eso); o que todavía algunos sigan esperando el consenso general, una especie de ideal de unanimidad universal católica. Nadie, ningún poder terrenal tiene el derecho de señalar a una persona qué pensar y qué creer; de la misma manera que nadie tiene derecho de impedir a una persona que obre conforme a su conciencia.